

Cambio de ruta: de federal de caminos a maestro de escuela

Eric Lepe Amador*

El niño —que después sería doctor en Ciencias de la Educación, pero en ese entonces apenas sabía sumar sin usar los dedos— imaginaba la escena con lujo de detalle: él, firme como poste de luz, deteniendo el paso del abuelo y diciendo con voz grave: “Documentos, por favor”. El abuelo, seguramente, respondería con una carcajada y una historia de maíz, lluvia y caminos de terracería. Porque en San Agustín, más que autos, circulaban historias, tantas historias contadas por el padre de ese niño, el maestro Efraín, Kalin, como le decían en el rancho, como aquella vez que tenía que ir por las noches a buscar a Don Tini a la edad de 15 años con una pistola fajada, llevarle alimentos y noticias de la familia.

El niño de nombre Eric creció en un hogar donde la educación no era un discurso, sino una forma de vida. Hijo de Ma. Lucila Amador Robles, maestra de primaria ahora jubilada, y de Efraín Lepe Morán, maestro campesino también ya jubilado, el niño vivía rodeado de cuadernos, tizas, anécdotas escolares y ese extraño fenómeno que ocurre cuando los maestros llegan a casa: siguen siendo maestros. En la mesa, en la sala, en el patio... siempre había una lección escondida entre la sopa, el plato de frijoles y el café.

Sin embargo, como todo niño con espíritu rebelde (aunque moderadamente), él no quería seguir la tradición. ¿Ser maestro? No, gracias. Eso implicaba revisar tareas, levantarse temprano y, peor aún, escuchar a los padres de familia. Lo suyo era el orden vial, la autoridad, la posibilidad de detener al abuelo sin represalias familiares... o al menos eso creía.

Pero la vida, que suele tener mejor sentido narrativo que uno, le preparó un giro inesperado.

Estando en la preparatoria —esa etapa donde uno cree saberlo todo, pero no sabe ni por dónde empezar—, su padre, por necesidades personales, le pidió un favor que sonaba sencillo: “¿Puedes cuidar un grupo de quinto de primaria?”. Así, sin anestesia, sin manual de supervivencia y probablemente sin saber que eso cambiaría todo, el joven aspirante a federal de caminos aceptó.

Y ahí empezó el verdadero “retén” de su vida.

Frente a un grupo de niños inquietos, curiosos, algunos distraídos y otros demasiado atentos, descubrió algo que no venía en ningún reglamento: enseñar no era detener, era encaminar. No se trataba de multar errores, sino de entenderlos. No era imponer silencio, sino escuchar preguntas que a veces ni uno mismo sabía responder.

Al principio, claro, hubo caos. Seguramente intentó aplicar su imaginaria autoridad de tránsito: levantar la mano, pedir orden, quizá hasta imaginar que llevaba un silbato. Pero los niños no eran conductores obedientes, eran mentes en construcción. Y poco a poco, entre risas, dudas, explicaciones improvisadas y uno que otro “profe, no entendí”, algo cambió.

No fue un momento épico ni cinematográfico. No hubo música de fondo ni iluminación divina. Fue más bien una suma de efímeros instantes: una niña que logró entender una operación, un niño que se animó a leer en voz alta, una pregunta que lo hizo pensar más de lo que esperaba. Y entonces, sin darse cuenta, el joven dejó de querer detener caminos... para empezar a abrirlos.

Ahí, en ese salón improvisando una clase, nació una decisión que no venía del capricho, sino del descubrimiento: ser maestro.

Pero no cualquier maestro. Decidió formarse en la Escuela Normal Rural “Miguel Hidalgo”, en Atequiza, Jalisco. Y quien conoce Atequiza sabe que no es sólo una escuela: es una forja de oro. Ahí no sólo se aprende a enseñar, se aprende a resistir, a comprometerse, a entender que la educación en México no es un privilegio, es una lucha cotidiana y constante.

Los maestros egresados de Atequiza tienen algo peculiar: no le temen al polvo de los caminos, ni a las aulas sin recursos, ni a los contextos complejos. Llevan consigo una mezcla de vocación, conciencia social y una terquedad admirable por hacer que las cosas funcionen, aunque todo indique lo contrario. No enseñan desde la comodidad, sino desde la convicción; son la esencia viva del normalísimo rural.

Ahí, el joven de San Agustín dejó atrás definitivamente su sueño de ser federal de caminos. Cambió la libreta de infracciones por la planeación didáctica, el silbato por la voz que explica y la idea de detener por la urgencia de impulsar.

Al egresar, comenzó su andar docente en El Bramador, municipio de Talpa de Allende. Un nombre que ya de por sí suena a reto. Ahí entendió que la educación rural no es un concepto romántico, sino una realidad que exige creatividad, paciencia y una enorme capacidad de adaptación. Cruzando ríos y arroyos llegabas a una comunidad casi olvidada, donde los maestros llegaban por 3, 6 o máximo 10 meses y se cambiaban. Los niños de 13 años aún estaban en quinto de primaria. Después vino Tierras Coloradas, en Acatic, donde seguramente el nombre no sólo describía el suelo, sino también las condiciones que templaban el carácter docente, lugar de crianza de gallinas y tequila.

Luego llegó a Tacotán, en Unión de Tula, donde permaneció dos años que, como suele ocurrir en la docencia, valen por décadas en aprendizaje humano; ahí conviviendo con la comunidad, alimentándose de pescado y dejando recuerdo hasta ahora inolvidables. Posteriormente, se integró a la Escuela Primaria Federal “Ignacio Villaseñor Lazcano”, en la cabecera municipal, donde consolidó su práctica hasta el año 2016.

Para entonces, aquel niño que quería multar a su abuelo ya no existía. En su lugar había un maestro que entendía que educar no es sancionar, sino acompañar. Que los errores no se castigan, se trabajan. Que cada estudiante es una historia en construcción.

Y entonces llegó otro momento clave: la reforma educativa de ese tiempo, punitiva y destinada al olvido. Mientras algunos la veían como amenaza, él la asumió como oportunidad. Participó en promoción vertical, enfrentando evaluaciones, tareas evaluativas, procesos y desafíos que no son precisamente un paseo por el parque. Y logró ascender a director de la Escuela Primaria “Profesor Fernando A. Ramírez”, turno vespertino, en El Grullo, Jalisco.

Convertirse en director no es dejar de ser maestro, es multiplicarse. Es aprender a mirar la escuela como un todo, a tomar decisiones, a escuchar docentes, alumnos y padres, y sostener el equilibrio entre lo administrativo y lo humano.

En El Grullo, además, tuvo la fortuna —y la inteligencia— de aprender de directores experimentados. Porque si algo caracteriza a los buenos educadores, es que raras veces dejan de aprender. Paralelamente, trabajó como maestro en el Colegio Occidental, demostrando que la vocación no entiende de horarios ni de cansancio.

Más tarde asumió de forma definitiva la dirección de la Escuela Primaria “Profesor Fernando A. Ramírez”. Allí siguió construyendo ese perfil que hoy lo define: un docente que no olvida de dónde viene, que entiende la esencia de la educación rural y que ha sabido trasladar ese compromiso a cada espacio en el que ha estado.

Hoy, con el grado de doctor en Ciencias de la Educación, podría pensarse que la historia ha llegado a su punto más alto. Pero en realidad es apenas una estación más en el camino. Porque si algo ha quedado claro desde aquel día en que cuidó un grupo de quinto, es que la educación no es una meta. Es un proceso constante, procesos que también siguen aquellos que se forman en la Maestría en Educación con Intervención en la Práctica Educativa (MEIPE). Ahora es asesor en la línea teórica.

Y si uno mira hacia atrás, resulta inevitable sonreír: aquel niño que soñaba con detener a su abuelo terminó dedicando su vida a que otros avancen. Cambió la multa por la motivación, la infracción por la inspiración, el alto por el seguir adelante.

Quizá nunca pudo detener al abuelo en un retén imaginario, pero logró algo mucho más trascendente: detener, aunque sea por un momento, la inercia de la desigualdad educativa, para abrir caminos donde antes sólo había brechas.

Porque al final, ser maestro —sobre todo egresado de Atequiza— no es un oficio cualquiera, no es una profesión como cualquiera. Es una forma de estar en el mundo. Es entender que cada niño merece una oportunidad, que cada comunidad tiene una riqueza que vale la pena reconocer y que la educación, aunque a veces parezca lenta, a menudo avanza.

Y así, entre la ironía de los sueños infantiles y la seriedad del compromiso adulto, se escribe la historia de un maestro que nunca dejó de aprender... ni de enseñar, la del Doctor Eric Lepe Amador, que como maestro rural continúa en tiempos libres sembrando, fertilizando el campo, pero también el conocimiento de niños y maestros.

Doctor en Ciencias de la Educación. Director de la Escuela Primaria Ricardo Flores Magón y asesor-tutor en la Meipe, Sede El Grullo, Jalisco.
lepeamadoreric@gmail.com